

DEMONIO

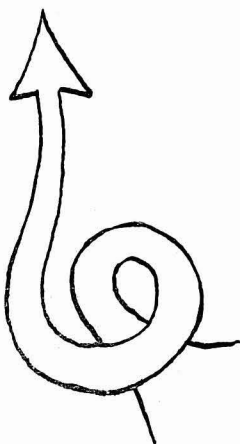
SUCEDE que, de pronto, nos ha remordido la conciencia. Nos ha —vivamente— perseguido una solemne duda: ¿Merece el periódico oficial de la Universidad una sección como ésta —recinto de pequeñas frivolidades, ociosas divagaciones y sanudos aseños a problemas diminutos? Un demonio masoquista nos hizo pensar en una supuesta culpa: murmuró a nuestros oídos frases de arrepentimiento y nos instó a repetir las en letras de molde y a proceder en consecuencia; es decir, a cancelar las modestas travesuras, sustituyéndolas por más sensatos propósitos. En efecto, nuestros dedos intentaron, hace unos cuantos minutos, un rotundo cambio. Ibamos a considerar, con un severo vocabulario, sólo cuestiones mayores, temas importantes, capaces de sanear la atención y de anegarla con insospechable formalidad...

OTRO DEMONIO

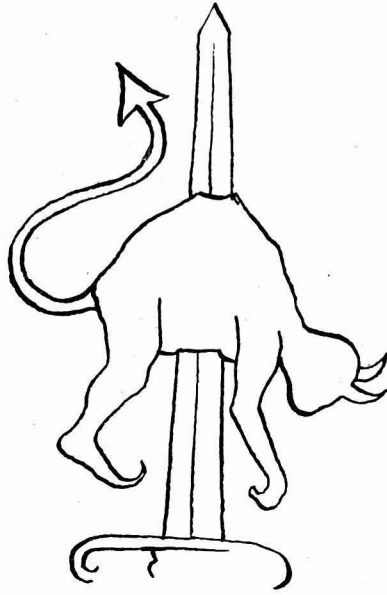
NADA de eso lograron, sin embargo, nuestros dedos. Desde el fondo de nuestra ficticia pluralidad surgió la singular persona que, en rigor, produce estas líneas, y erigiéndose en un demonio aún más infernal que el anterior, nos movió a formular el párrafo que sigue.

DISCURSO Y METODO

NOSOTROS... (apuntamos que "esa persona" nos permitió continuar empleando el sólido plural), nosotros mantenemos que, puesto a escoger entre la fragmentación de lo grande y el soslayo de lo pequeño, el periodista responsable, sea cual fuere la vía que ejerce, ha de preferir, sin vacilación, el primer método, bajo pena de perderse en un fastidioso vacío. Es más probable la veracidad y más segura la eficacia, si el comentarista habla de aquello que conoce y siente cotidianamente. De otra manera, el escritor acabará por convertirse en declamador; la palabra se tornará efímero ruido, y el pensamiento cederá su sitio a la idea prefabricada. Seamos, pues, ante todo, el ciudadano medio que somos; digamos lo que decimos en el café al amigo que nos escucha. Y jamás nos avergoncemos de ser nosotros mismos. Lo grande es demasiado grande para que podamos abarcarlo de una sola tirada. Comencemos por lo pequeño que nos ocurre (a nosotros y a los millones que son como nosotros) y que nos apremia...

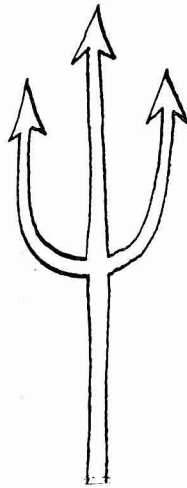


LA FERIA



DE

LOS DIAS



ACLARACION

UNA posterior lectura de semejante párrafo nos advirtió de su posible insuficiencia. Y escribimos otro. Y otros más. En suma, nuestro celo nos llevó a poblar, merodeando en torno al tema suscitado, varias decenas de páginas. Naturalmente nuestro rincón habitual condiciona la transcripción. Hemos de conformarnos con algunos pasajes. Van aquí los salientes.

EL MUNDO

QUE vivimos en un mundo grave, ya nadie puede dudarlo. Todos los días se nos habla de valores en crisis. De gestos y caprichos monstruosos que arriesgan el inmediato futuro del hombre. Seríamos arbitrarios si sólo pretendiéramos volver las espaldas a tamañas vicisitudes. Pero no. Aspiramos a una actitud, dentro de su sencillez, más compleja. Y más entera. Huimos del planteamiento convencional, sin jamás eludir una virtual presencia del verdadero problema. No desconocemos el peso de la situación total; simplemente pensamos que lo afrontaremos mejor si nuestras palabras se empeñan en considerarlo a través del cristal de lo cotidiano.

AVIDEZ

PROFESAMOS una particular avidez por lo concreto. Creemos ciertamente en la justicia, en el necesario triunfo del bien sobre el mal; pero nos agrada que tales conceptos se traduzcan a un lenguaje vívido, que se viertan entre los acontecimientos familiares, enjuiciándolos, midiéndolos. La existencia humana se desliza, en buena parte, sobre una intrincada escala de minucias, de correspondencias mínimas mil veces enlazadas entre sí. No se concibe lo grande sin lo pequeño. Las majestuosas abstracciones descansan a menudo en humildes, rutinarias columnas.

LA UNIVERSIDAD

LA Universidad misma resulta —paradójicamente— un hecho concreto. La vemos vivir frente a nosotros. Observamos cómo se mueve, cómo crece, cómo navega en el mar de los días. Es más, mucho más que una idea independiente de nuestras cabezas. Fundamentalmente la integran hombres. Hombres, sí, que se llaman Juan o Pedro; que comen y ríen y pecan; que salen en las mañanas de su casa, viajan en automóvil, camión o tranvía, compran libros, estudian, trabajan, se divierten, ¿por qué cegarnos ante ello?

Q. E. D.

DESCANSE, pues, nuestra conciencia. Que entre las seguras faltas que —al fin, también humanos— limitan nuestra empresa, ésta de aludir de modo constante a nimios problemas (tales como los ajetreos del tránsito, la publicidad comercial, etc.) sería, apenas, una de las menores.

